



Foto: Viviana Sánchez

Encuentro Nacional de la Red de Semillas Libres de Colombia, Riosucio Caldas, 2014.

30 años surcando comunitariamente la defensa de los territorios

La sección amarilla de la revista Semillas

Grupo Semillas¹

Gruppo Semillas nació simultáneamente con la revista Semillas, procesos que surgieron como una apuesta por la defensa de las semillas criollas, los medios de sustento, las culturas de las comunidades, de sus procesos y la defensa de los territorios campesinos, indígenas y afrodescendientes en Colombia.

Arrancar con un proyecto libertario y de defensa de la vida no era un reto menor frente a un momento tan crítico, el de la mayor intensidad de la violencia desatada contra comunidades, territorios, procesos y también contra la naturaleza, en la tristemente recordada década de los 90. Momento también en que empezaban a sentirse en el país los impactos negativos de la llamada apertura económica, que se vio reflejada de modo negativo en los sistemas productivos, en la biodiversidad cultivada, en la economía agraria, la cual coincidió además con la creación de nuevas instituciones como el Ministerio de Ambiente y la incorporación de una agenda de privatización de recursos claves del país.

En ese entonces Swissaid y el Programa Semillas se situó claramente en el lado de las comunidades y sus procesos, y lo hizo partiendo de entender cosas como que el conocimiento tradicional ha sido determinante para la recreación de la vida, gracias a la acción conjunta del cuidado de las semillas criollas y nativas y los agroecosistemas. También entendimos sin dudar, que las semillas deben evolucionar de la mano de los pueblos y que para evolucionar necesitan de territorios y culturas propias. Menos satisfactorio fue entender que la presión sobre las semillas y los medios de sustento de las comunidades, iba a entrar en una disputa que hasta el día de hoy no ha parado.

Las experiencias comunitarias, como se denomina a la sección amarilla, esa parte que desde la revista Semillas se dedica sin falta alguna en todos los números a resaltar lo que están haciendo las comunidades en sus procesos, es sin duda una siembra permanente de esperanza, una denuncia activa y una declaración política de un modo de vida alternativa. Allí se ha visto una constante, y es que, en medio de

1. Fernando Castrillón. C.e. fernando@semillas.org.co



la arremetida contra la biodiversidad, los territorios que albergan bienes comunes, los milenarios pueblos y sus conocimientos ancestrales, son los procesos comunitarios y sus estrategias, los que han garantizado que pueda mantenerse pese a los grandes problemas, la domesticación de semillas y la diversificación de la vida como tarea de los pueblos.

En estos 30 años de recorrido por las experiencias comunitarias en Colombia, hemos podido encontrar cosas realmente significativas y valiosas, entre las que tenemos:

1. Las comunidades locales y sus procesos organizativos, a pesar de enfrentar un *conflicto armado de elevada severidad, de gran magnitud y de impacto negativo para ellas, no han parado de sembrar vida y esperanza*. Al inicio de la década de los 90, por las páginas de la revista empezaron a mostrarse acciones de cuidado y de protección, entre ellas el cultivo de las plantas medicinales y de los animales domésticos en los patios, del tejido comunitario y sobre todo del esfuerzo por tener alimentos sanos y suficientes.

Encontramos experiencias tempranas que pusieron una fuerza extraordinaria en la relación entre las semillas criollas y el alimento como una respuesta frente al conflicto. Así, por ejemplo, es de resaltar el trabajo de la red agroecológica del Caribe, Recar, en Córdoba y Sucre y sus organizaciones como *Asproal* con su botiquín de la medicina tradicional, *Asproimpal* y su trabajo de mercados agroecológicos para favorecer la economía de las comunidades y la salud de los consumidores; *la red de Artesanos de Córdoba y Sucre* que pusieron en escena la importancia de la cultura y las representaciones e identidad del pueblo senú para su pervivencia.

En el sur de Bolívar *la Asociación de productores alternativos de Simití - Asproas* y *la Asociación de Caficultores de Santa Rosa del sur - Asocafé*, fueron un verdadero oasis en el caos de la guerra contra las personas y contra la naturaleza; promovieron la agroecología, la valoración y el respeto del trabajo de las mujeres, el rescate de las semillas, la economía solidaria a través de los fondos rotatorios, entre otras acciones estratégicas que fueron una apuesta para la permanencia digna en el territorio.

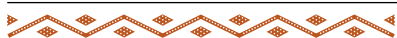
2. *La siembra de alimentos suficientes y la diversificación productiva con sus propias semillas*, han sido la fortaleza de muchas experiencias comunitarias. *Las comunidades indígenas zenú del Volao* en Antioquia, acompañadas por la Organización Indígena de Antioquia mostraron que el retorno a su territorio fue posible en gran medida gracias a la recuperación de las semillas criollas. Y en Caldas, la Asociación de productores indígenas y campesinos *Asproinca*, ha sido una de las pioneras en Colombia, que desde hace más de tres décadas cimentó y consolidó los enfoques agroecológicos en la cultura indígena y campesina de la región andina, mediante el trabajo comunitario fundamentado en los saberes y

sistemas productivos propios, que les ha permitido vivir con dignidad en momentos muy críticos. Quienes han cultivado la diversidad agroalimentaria, cultivaron también vida digna en los territorios y eso fue una radiografía que se presentó de manera constante en distintas partes de Colombia y de América Latina. En contraste, la dependencia alimentaria vía programas asistencialistas o como resultado de una sola actividad económica, marcó la vulnerabilidad e incluso la salida de familias y comunidades de los territorios.

3. *La defensa del maíz es la defensa de la vida misma de los pueblos y comunidades de nuestra América*. A principios de la década del dos mil, se identificó claramente el riesgo de que las semillas criollas de maíz se contaminaran con la introducción del maíz transgénico y que el control corporativo alimentario sobre el preciado alimento marcara abusos, injusticias e impactos negativos. Se advertía claramente que *“las transnacionales biotecnológicas han identificado el enorme valor que tiene el maíz. Lo ven como el codiciado «Dorado» y quieren aplicarle las tecnologías de punta para controlar y masificar el maíz transgénico en el mundo. Esto ha generado enormes ganancias a unas pocas empresas y total dependencia de los agricultores a éstas”* El N° 22-23 de la revista, dedicado al maíz, nos recuerda que la defensa del grano codiciado es tan vigente hoy como hace 20 años. Fuimos testigos dos décadas después, del reconocimiento de la Corte Constitucional que ratificó a través la sentencia T-247 de 2023, las denuncias de las comunidades indígenas acerca de los impactos generados por la contaminación transgénica de los maíces criollos.

La lucha de los pueblos en América Latina frente a los transgénicos ha sido una constante, especialmente en las últimas décadas. No es una lucha cualquiera, puesto que toca las fibras de la vida y por eso mismo es un asunto ético. Es así como los ejemplares esfuerzos de las comunidades indígenas y campesinas en Colombia para declarar sus territorios libres de transgénicos, son un paso significativo para que las semillas no terminen en manos de las transnacionales y los pueblos, queden dependiendo de las tecnologías que ofrecen los dueños de las patentes con un fracaso en sus cultivos, como sucedió con los cultivos de algodón transgénico en Córdoba y el Tolima.

Destacamos que en Colombia hay varios resguardos indígenas que han declarado sus territorios libres de transgénicos: se destacan el resguardo indígena zenú de San Andrés de Sotavento de Córdoba y Sucre y el resguardo de Cañamomo y Lomapieta en Riosucio, Caldas. Ya en 2005, se tenía con claridad el concepto de que “un territorio o una zona libre de transgénicos (TLT o ZLT), es sinónimo de autodeterminación ciudadana o comunitaria en favor de los derechos fundamentales de los agricultores y los consu-



midores y en defensa de las semillas campesinas”. Pero esto no ha sido sencillo, pues se deben enfrentar a los ataques por parte de las casas comerciales de semillas e incluso de las mismas instituciones del Estado, que deberían proteger las semillas y su conocimiento asociado. En la revista también vimos pasar el debate del municipio de San Lorenzo - Nariño, frente a la declaración como un territorio libre de transgénicos, el cual resalta la importancia alrededor de que entes territoriales diferentes a los resguardos indígenas, puedan reivindicar acciones que adopten medidas administrativas para reconocer los derechos de las y los ciudadanos, con el fin de tomar decisiones que permitan proteger los territorios y bienes comunes.

4. *La vida no se privatiza porque no es mercancía y las semillas son vida y un bien común de los pueblos del mundo.* La red de guardianes de semillas de vida de Nariño y otras organizaciones de Colombia, nos han mostrado con claridad que la reducción y control de los sistemas agroalimentarios para atender los gustos que demandan los mercados, han sido las responsables del hambre a las familias en el campo, por eso ha sido fundamental como estrategia enriquecer y diversificar los espacios productivos, además, es importante no perder de vista que “la esperanza germina en cada semilla que sembramos”, como dice la red.

5. *El pensamiento libertario y poderoso de la educación popular.* Maestros como Guillermo Castaño desde el proceso de Surcos Comunitarios, promovieron desde hace buen tiempo las escuelas campesinas como modelos profundos y serios de formación endógenos, que retaron la clásica formación funcional al mercado de insumos; allí, se marcó una clara ruptura con la visión mercantilista de la educación, en donde la transmisión de conocimiento es de manera vertical, y el educador actúa sobre las mentes como si fuera a llenar una “vasija vacía”. Esta propuesta de encontrar cómo el saber individual se convierte en saber colectivo, a través del diálogo de saberes en un territorio concretamente determinado; y que el saber acumulado colectivo se transmita de generación en generación, desde una sabiduría y una cultura alimentada por la naturaleza y construida durante milenios, enmarcó las bases para las escuelas agroecológicas que hoy retan la educación convencional en muchas partes de Colombia.

6. *El trabajo en red vale la pena.* En la revista fuimos testigos y partícipes de la gestación de la Red de Semillas Libres, una red donde “se pudieran compartir sus conocimientos ancestrales y las prácticas de conservación y recuperación de semillas nativas y criollas; así como avanzar en la construcción de las estrategias y acciones de los pueblos y comunidades locales para la defensa de las semillas y de la soberanía y autonomía alimentaria, frente a las leyes de



Claudina Loaiza, indígena pijao del sur del Tolima, maestra de maestros guardianes de los saberes ancestrales y de las semillas criollas.

semillas y los cultivos transgénicos, en el ámbito local, regional y nacional”. Las semillas criollas se han ido abriendo campo en la discusión y en el reconocimiento, y aunque no sobran ataques, se ha podido avanzar. Las semillas nativas y criollas se mantienen y alimentan desde las luchas sociales, los intercambios y siembras y de la acción política de los pueblos que sostiene que ellas, deben caminar libres y de la mano de las comunidades.

7. *Fuimos testigos del acuerdo de paz entre el gobierno nacional (en cabeza de Juan Manuel Santos) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - FARC;* y también pusimos en evidencia que la construcción de la paz es duradera, posible y tiene sentido cuando se fundamenta desde los territorios, y cuando las acciones de construcción de paz de las comunidades se tienen en cuenta. Desde la revista y en especial en los números 59 y 60, se apostó por hacer visibles muchas experiencias y propuestas territoriales para pensar la paz, porque pasaba por el cuidado del agua y de la biodiversidad, del alimento, de la economía solidaria y los tejidos comunitarios, entre muchas más acciones. La paz también se concibe en que las semillas criollas circulen sin problema entre las comunidades, y también en replantear un modelo de producción insostenible y violento que envenena la tierra, el agua, el aire y destruye la biodiversidad. Para alcanzar la paz es fundamental garantizar a las comunidades el acceso digno a la tierra y la reconciliación con

la naturaleza, según las voces de las comunidades campesinas, indígenas y afrodescendientes.

8. *También los vacíos de la participación en la gestión del territorio* se reflejan en los conflictos socio ambientales, en la vida digna y pacífica de las comunidades y en su situación alimentaria. El acuerdo de paz abrió un camino, pero también cerró con llave para que no se tocaran temas profundos, pues en palabras de ese gobierno del momento, se declaró que el modelo de desarrollo no se discutía y que los suelos fértiles, centrales, con acceso al agua que resultan claves para la producción de alimentos eran intocables, así estuvieran ociosos con vacas.

Los vacíos de participación ciudadana en la construcción de políticas públicas y la presunción de utilidad pública de actividades minero-energéticas, animaron a que la minería legal e ilegal avanzara sin control y de la mano del crimen en los territorios de paz, agua, alimento y vida. Fue la época del vigor de las consultas populares frente a los proyectos mineros, que pusieron a prueba los discursos de la participación y del poder del pueblo y de lo local. Lamentablemente la reacción fue muy fuerte y no solo se intensificó la muerte y amenaza a los líderes y lideresas ambientalistas, sino que se reconfiguraron posturas de las cortes a favor del extractivismo. En la revista compartimos diversas iniciativas ciudadanas y comunitarias de valerosas resistencias y movilización, frente a las actividades extractivas minero energéticas, de deforestación, de explotaciones agroindustriales de agrocombustibles y transgénicos, entre otras, que nos han enseñado caminos de lucha social para la defensa de los territorios, los bienes comunes y la soberanía alimentaria.

Igualmente fue clara la necesidad de que se pensara seriamente en los territorios si el oro y el petróleo eran la clave o por el contrario, eran el agua, el alimento, la cultura campesina fundamentales, como lo hicieron a través de las consultas populares, en Cajamarca, Piedras, Ibagué en Tolima; Tauramena y Monterrey en Casanare; La Macarena, Cumaral y Granada en Meta; Arbeláez, Cabrera y Pasca en Cundinamarca; Pijao y Córdoba en Quindío; Sucre, Carmen de Chucurí, El Peñón y Jesús María en Santander; San Lorenzo en Nariño; Oporapa en Huila; Mercaderes en Cauca y Pueblo Rico en Antioquia. Fuimos testigos y abrimos una ventana para que los procesos que resignificaron del concepto de la utilidad pública, que permitieran dar un debate necesario y soportados desde la defensa de las culturas, el agua, el alimento, la vida digna y pacífica en los territorios.

9. *Con las comunidades aprendimos que somos parte del conflicto, pero ante todo, somos parte de la solución.* Resaltamos la revista N° 61/62, que hizo visible desde la portada misma, los conflictos socioambientales entre los modelos de

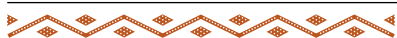
desarrollo en Colombia. Los que se construyen desde las comunidades en sus territorios y que se enfrentan con los modelos basados en la extracción y control de los bienes comunes, en monocultivos industriales que degradan los suelos y el agua, en el control de las semillas, el control corporativo del sistema agroalimentario y el despojo de los territorios y los saberes de las comunidades.

10. Desde hace más de una década las organizaciones sociales y locales campesinas han reivindicado la adopción de lineamientos de política pública para la agricultura campesina, familiar, étnica y comunitaria, que se materializó con la expedición de la resolución 464 de 2017, que si bien, es reciente y aún no aterriza a los territorios, se ha conformado una mesa ampliada con la participación de las organizaciones étnicas y campesinas para avanzar en su implementación.

Las iniciativas comunitarias fundamentadas en la agroecología y las agriculturas alternativas, han estado presentes en la revista Semillas; pues, desde hace varias décadas en diversas regiones del país se vienen construyendo propuestas de producción agroecológicas y de cuidado de los territorios. Vale la pena recordar a los pioneros y en especial al padre Alcides Jiménez, “quien fue asesinado el 11 de septiembre de 1998 en el municipio de Puerto Caicedo. Él predicó el evangelio y el gusto por la vida; defendió la Amazonía como los pulmones del mundo; defendió los abonos orgánicos, la alimentación variada, la rotación de los cultivos, el chachafruto, árbol natural de su tierra; arremetió en contra de los químicos y denunció los peligros de los cultivos ilícitos [...] Los proyectos desarrollados por el padre estaban enfocados hacia el desarrollo de las personas y las comunidades de una manera integral, partiendo de los propios valores del campesinado, para que se convirtieran en agentes de cambio social y familiar, con especial participación y promoción de las mujeres”.

Posteriormente por todo el país han surgido numerosas iniciativas con enfoque agroecológico, que están en procesos de construcción y consolidación. Es así como hemos compartido en la revista diversas experiencias de organizaciones, comunidades de grupos de mujeres, jóvenes y agricultores de las regiones Caribe, Cafetera, Central, Pacífica, Santanderes, Orinoquía y Amazonía, que muestran la enorme riqueza de estrategias, acciones y saberes locales para la convivencia sostenible de los agroecosistemas, de las formas tradicionales para la producción de alimentos.

Esta enorme riqueza de iniciativas agroecológicas ha abierto los caminos para que varias regiones del país como Antioquia, Valle del Cauca y Putumayo hayan adoptado políticas públicas para el apoyo de la Agroecología. En el actual gobierno se logró construir con la participación de





En el norte del Cauca las mujeres han liderado la defensa del territorio y de la soberanía alimentaria. Betsabeth Álvarez y Arelly Collazos.

diversos movimientos y organizaciones sociales, étnicas y campesinas, la construcción de la Política Pública Nacional de Agroecología, cuyo reto actual es alcanzar una real implementación en los territorios.

11. *El agua: protagonista de luchas, defensas, cuidados y grandes debates.* Sin duda alguna, vimos desde la revista correr los debates y acciones comunitarias frente al agua, que en Colombia como en otras partes del mundo, está atravesada por los mitos, por la apropiación del bien común y por encontrar que no es un recurso ilimitado. Desde las comunidades y los pueblos su objetivo ha sido cuidarla, ahorrarla, recuperarla y pelearla, porque los pueblos están atados a ella.

Así, en el N° 28/29 de la revista, se dio un abordaje bastante diverso e integral al agua. Los embera mostraron cómo el mito del origen del agua, les permitió enfrentar el relato del desarrollo propuesto por Urrá para represar el río Sinú, el cual aguas abajo también era protegido por la comunidad campesina organizada en Asprocig (Asociación de pescadores campesinos indígenas y afrodescendientes para el desarrollo comunitario de la Ciénaga Grande del Bajo Sinú).

“El agua para las comunidades tiene diversos tipos de valor: *biológico*, como fundamento de vida; social, por ser un bien que exige control social; *simbólico y espiritual*, por ser considerado un elemento vital y sagrado en las diversas culturas y *paisajístico y turístico*, por su belleza; *política y de poder* de acuerdo al manejo y al control que se ejerza sobre ella; *poética y artística*, que se refleja en las canciones y poesías; *de salud*, por ser fundamental para la vida y por ello mismo, no debe ser contaminada; *ecológica*, ya que todas las formas de vida tiene derecho a ella”.

Pero para las empresas y muchos Estados, es un recurso que debe ser privatizado y así, quien la necesite pague por ello. El debate nacional frente al agua se dio en 2009 y 2010 con el referendo por el agua en Colombia liderado por el Eco-

fondo, en donde el Congreso mutó la movilización que la colocaba en categoría de derecho, hacia otra que enfatizó y legisló que era una necesidad; de esta manera, primó el afán de privatizarla y transformarla en una mercancía con la cual, sin duda, se puede ganar mucho dinero.

12. Han sido muchas las iniciativas y propuestas comunitarias y de movimientos sociales que han pasado por las hojas amarillas de la revista, que comparten las diversas estrategias para enfrentar la variabilidad y crisis climática y alimentaria, las iniciativas de resiliencia y adaptación a las transformaciones del clima; igualmente las acciones sociales y de movilización frente a los conflictos socioambientales generados por modelos económicos extractivos y de producción insostenible como la deforestación y el despojo de los territorios, de las áreas baldías y de los bienes comunes de la biodiversidad, el agua, los agronegocios, los cultivos de uso ilícito, el entramado de corrupción pública y privada, Etc. Esto ha mostrado que son las comunidades y sus procesos los que realmente frenan el daño a la vida, y protegen el alimento y a las semillas y que haya una ventana para mostrar en la revista Semillas esa gran fuerza y riqueza de nuestra nación y de la vida del planeta, es de lejos un motivo que muestra que valió el esfuerzo de estos 30 años.

En todo este recorrido nos encontramos con la luz de esos faros que nos guían con fuerza, es por ello que, queremos traer a colación una corta frase del gran maestro Mario Mejía, quien fue uno de los gestores de la reivindicación de los saberes populares y de los paradigmas que sustentan el poder de las agriculturas para la vida, y quien fue un gran faro de la revista, cuando nos recordaba en su poética oración de la semilla *“semilla es compromiso, es entrega, es cariño, es enamoramiento, porque así es como cada persona del campo la planta, la cultiva, y la cosecha para su propio beneficio y el de otros consumidores”*. 🌱